

# LA GUERRA DEL 95 Y LA BATALLA DE ENCISO DE RAFAEL REYES A PEDRO JOSE BERRIO

ALFREDO NARANJO VILLEGAS

Conferencia dictada en la Academia Antioqueña de Historia el 7 de noviembre de 1995.

Ya desde 1892 surgieron en el liberalismo grupos partidarios de la guerra, al lado de quienes propugnaban la oposición civil. La convención liberal de finales de aquel año, gracias a la muy hábil maniobra de uno de los convencionistas (Iriarte), proclamó director del partido a don Santiago Pérez, pacifista integral. Los “guerristas” se vieron obligados muy a su pesar a tascar el freno.

En abril de 1893 escribía Santiago Pérez en *El Relator*: Es un error capital el figurarse que no ser en modo alguno partidario de la guerra, es ser, en algún grado, amigo del régimen actual. Todo lo contrario. Si hay alguna eventualidad es la de una guerra civil, que, soltándole por completo las manos a la Regeneración, le permitiría, al parecer, en nombre de la sociedad “Amenazada” o “Salvada”, ahogar entre ellas quien sabe por cuánto tiempo, los elementos y las reliquias que quedan de república en el país.

“... si no se abandona el camino de la discusión razonada y pacífica, la acción oficial tendrá, antes de mucho tiempo, que estrechar ella misma su cauce y que regularizar ella misma su curso. Es necesario tener presente que la moralización de un gobierno no está tanto en la pena que lleve por el abuso que cometa, cuanto en la audacia que vaya perdiendo para cometer los abusos que quisiera. Hoy, por ejemplo no se hace ya con los escritores lo que en las anteriores administraciones se hacía todos los días; hoy no todas las contrataciones oficiales se celebran a puerta cerrada; y ya no se da a la Nación el ignominioso espectáculo de reprender oficialmente a su primer Tribunal, por no haber arreglado un sorteo de modo que ni siquiera para conjueces figuraran nombres liberales” (Tomado de Selección de Escritos y Discursos de Santiago Pérez). Obsérvese que esto fue escrito bajo el Gobierno del Vicepresidente Caro.

Pero para agosto de 1893 don Santiago Pérez, en gesto que lo ennobleció más aún de lo que ya su vida lo había engrandecido, arreció su oposición al Gobierno de Caro y éste cometió uno de los mayores errores de su vida: Desterró a Santiago Pérez. La oposición civil fue así decapitada, y los partidarios de la acción armada se apresuraron a llenar el vacío del gran Jefe Civil que marchó al destierro.

Todavía persistieron en buscar el apoyo del desterrado que impertérrito respondía a Modesto Garcés en octubre de aquel año....”Me dice también usted que ha hablado allá con un agente de fábrica de armas para que **nos** den, con dos años de plazo, 1500 rifles, cuatro cañones y seis ametralladoras con sus dotaciones”. Si ese **nos** se refiere a los liberales, no tiene fundamento, que yo sepa, pues el partido no tiene constituido agente ninguno con poder o autoridad para comprometer su responsabilidad en ese sentido.....”No hay por dónde introducir esas armas, ni están preparados ni son preparables los brazos necesarios para recibirlas y para hacer uso de ellas”, anota con

realismo el ideólogo que tiene sus pies plantados en tierra. Pero agrega el pacifista convencido: El país no puede hacer la guerra, no la debe ni la quiere hacer. Esta ha sido y es mi opinión, y mi deber será declararlo explícita y oportunamente cuantas veces fuere necesario". (Eduardo Rodríguez y Piñeres en Diez Años de Política Liberal 1892-1902).

No encuentran eco las advertencias que desde el destierro hacía el insigne expresidente.

Se tocó a distintas puertas en busca de jefe para la revuelta. Por unos cuantos días Santos Acosta se sintió atraído, pero renunció a la jefatura militar cuando se convenció de que los revolucionarios actuaban sobre ilusiones.

Ya en septiembre del 94, la revolución que germinó con el destierro de Santiago Pérez en el 93, cobró impulso con la muerte de Nuñez. No se explica uno como fue posible lanzarse a esa aventura sin tener al menos el armamento adecuado. Claro que se contaba con ayuda exterior. Venezuela por el oriente, Ecuador por el sur. Pero de todos modos era jugar a los dados. Se acordó la fecha el 23 de enero del 95 para la insurrección. Pero el plan fue descubierto a tiempo, cuando un telegrafista avisado notó la repetición de la cifra 23 en varios telegramas alusivos a "compra de 23 novillos gordos", "23 cargas de café", "23 llegaría remesa", "sólo conseguí 23 cajas de brandy". Y era Director General de Comunicaciones Enrique de Narváez. Todo, pues, ¡estaba a la vista!

El General Santos Acosta fue reducido a prisión, lo mismo que otros personajes civiles de alguna significación. El proyecto de ataque a los cuarteles de San Agustín y al propio palacio presidencial abortó, pues.

Pero la revolución estalló. Contando con la ayuda del gobierno venezolano entonces a cargo del General Crespo se constituyen dos ejércitos. Uno en Cúcuta al mando del General José María Ruíz y otro en Chiquinquirá comandado por Pedro María Pinzón y Campo Elías Gutiérrez. El del Tolima estaba al mando de Rafael Camacho y el de Cundinamarca bajo las órdenes de Siervo Sarmiento. Pero el Gobierno acudió también, para defenderse, a sus grandes jefes como Abel Casabianca, Próspero Pinzón, Rafael Reyes.....

Y con este último se da comienzo a la epopeya. Sarmiento sitúa sus tropas en La Tribuna, repisa andina cuyos bordes se abren sobre el abismo. Reyes, que apenas había tenido tiempo para organizar un pequeño ejército en tres días, lo dividió en tres alas para atacar a Sarmiento en la mañana del 29 de enero: A la una de la tarde éste había sido derrotado, y Sarmiento huyó a Ambalema seguido velozmente por Reyes empeñado en cortarle la retirada. En Honda reorganiza sus fuerzas, y se apodera de los barcos surtos en Yeguas formando, como escribe Lemaitre "un cordón de bayonetas" que, arrancando de Villeta, pasaba por Guaduas, Agualarca y caseríos de tránsito.

Sarmiento pretende volver a Bogotá repasando el Magdalena, pero el General Clímaco Silva, avisado por Reyes, desciende de Facatativá y por el camino de Cambao se instala en Chumbamuy. Las fuerzas de Sarmiento están, pues, cogidas en una pinza. Es entonces cuando Reyes muestra uno de esos rasgos de generosidad que fuera una de sus características. Se va a Ambalema solo, se entrevista con Sarmiento, le hace ver la inutilidad de la lucha ante la imposibilidad de romper el cerco que como un dogal lo estrangula, y se produce la Capitulación de Chumbambuy, el 9 de febrero, modelo de generosidad con el vencido que hace del General Reyes un digno sucesor del Mariscal de Ayacucho. No se ha extendido aún la revuelta al norte ni al oriente de la República, pero hay signos clarísimos de aprestos bélicos que pronto han de cuajar. En efecto, como lo dijimos atrás, desde Cúcuta amenazan las tropas del General

Ruíz, y desde las proximidades del Cocuy, con fuerzas también engrosadas por Venezolanos se preparan las tropas de Pedro María Pinzón y Campo Elías Gutiérrez para marchar hacia Santander, Más específicamente a Capitanejo donde se ha convenido que se reunirán los dos ejércitos: los que vienen de Cúcuta y los que avanzan por Boyacá.

Reyes se dirige a la Costa Atlántica. Es necesario prevenir allí un alzamiento y preparar tropas para hacer frente al movimiento en Santander, cada vez más próximo. Así, después de la capitulación de Sarmiento en Chumbamuy, sale de Honda. El 14 de febrero está en Puerto Berrío. Ese día, el Alcalde del Puerto es el Coronel Pedro José Berrío que con el Batallón Antioquia de doscientos soldados, se embarca para reforzar el ejército de Reyes. Tal vez no presiente Berrío que aquel embarque lo conducirá a la Historia!. Siguiendo las órdenes de su jefe, en Puerto Nacional se incorpora al ejército del General Moisés Herrera.

Ya la revuelta ha tenido su comienzo en Santander. Reyes avanza río arriba al frente de las tropas organizadas en la costa. Ha despachado una comisión especial ante el presidente de Venezuela, General Crespo, con una nota en la cual se pregunta qué actitud tomaba el Gobierno Venezolano con respecto a la bárbara y salvaje invasión, y que iríamos a esperar la respuesta a la frontera del Táchira”(todavía no habíamos sido emasculados los colombianos). Ha puesto a funcionar las compañías fluviales hostiles al gobierno, asegura así la defensa del río Magdalena, y el 25 de febrero desembarca en Puerto Nacional donde, como vimos, lo esperan el General Moisés Herrera y el Coronel Pedro José Berrío. Se interna entonces en la montaña de La Camarona. Reyes avanza con sus tropas hacia Ocaña. Continúa su marcha hacia el sur, pues su objetivo es impedir la unión de los ejércitos de Ruíz y de Pinzón que, como ya dije, han de fusionarse en Capitanejo y así reforzados marcharán sobre Tunja y de ahí a Bogotá. En Cáchira se le unen a Reyes cerca de tres mil hombres que el Gobernador de Santander, General José Santos, ha organizado militarmente. Y con este refuerzo los ejércitos del Gobierno continúan a Arboledas y Bochalema por donde ha pasado ya la columna de Ruíz, camino de Pamplona. En este sitio se entera Reyes de que su adversario le lleva dos días de ventaja. Es acá donde el jefe concibe la maniobra que ha de compensar la desventaja. Al describirla no se aparta de la mente aquella frase con que Nuñez, diez años atrás, cuando el incendio de Colón, y para salvaguardar la soberanía nacional, escribió a Reyes: “Para realizar la expedición (a Panamá) lo espero todo de la facultad con que sabe usted vencer imposibles: (Julio Holguín Arboleda: MUCHO EN SERIO Y ALGO EN BROMA)”.

Eduardo Lemaitre describe insuperablemente aquellas horas en que Reyes advierte que su enemigo se ha escapado: “...hay que darle caza, de cualquier modo, en cualquier forma y cuanto antes. Unas horas para descansar son suficientes y hacia el sur también, detrás de los revolucionarios. Reyes entretanto, da órdenes, adquiere provisiones y vestuarios a cualquier precio, compra recuas de mulas, dota de bestias de silla a todos los oficiales, ofrece premios a los soldados que más avancen en la jornada, dobla la soldada de las tropas, remata las existencias enteras de los almacenes del pueblo, regala ruanas y bayetones a los ateridos costefños; hace, en fin, gastos tan excesivos y al parecer tan inútiles, que de sus petacas “el coronel” Arciniegas a duras penas logra extraer lo necesario para cancelar las cuentas producidas.

“... Aquella expedición, continúa Lemaitre,.... era una locura. A medida que avanzan, las mulas y los caballos iban quedando tirados, con sus cargas, a la vera del camino inflándose, muertos bajo el sol. En ocasiones había que dejar las municiones rezagadas. Los soldados también, quedaban hacinados en las posadas de los caminos, o morían en ocasiones, de insolación, a la orilla de los arroyos en donde se inclinaban a beber”.

“Pero Reyes, agrega Lemaitre, no cedía. Implacable, incontenible, avanza siempre, sin dar tregua y poniendo, frente a la debilidad de los otros, el ejemplo de su titánica resistencia. Se internan entonces por los famosos páramos de “Mogorontonque”. Es aquella una cumbre desolada, cubierta de rara vegetación por donde se cruza la cordillera para caer luego sobre Málaga y Enciso. El frío en las noches, congela las escasas corrientes de agua. Lluve y graniza incensantemente. Las trochas son intransitables.... Pero para las tropas fatigadas, desprovistas de cabalgaduras, remontar aquellos picos es una tarea sobrehumana. Son largas horas trepando, un pie tras el otro, aquellas breñas al parecer inaccesibles. En la noche, Reyes ordena encender grandes fogatas. Y de las alforjas sacan queso, panela y carne cecina para alimentarse...” (Hasta aquí Lemaitre).

Pero el heroísmo tuvo su compensación. Al cruzar el “Mogorontonque”, Reyes había ganado una jornada, de tal manera que cuando llegó a Málaga, apenas hacía dos horas que Ruiz había salido de allí.

El valle de Enciso, sembrado de cañaduzales, se interpone entre Málaga y Capitanejo. El General Ruiz pernocta allí el 14 de marzo y en la madrugada del 15 continúa hacia Capitanejo, dejando en Enciso el grueso de la columna. Ignora que Reyes viene pisándole los talones. En efecto, en Málaga ha tomado Reyes una medida aparentemente trivial, el cambio de la cinta azul que llevan en la gorra los soldados, por otra de color verde. No es tan trivial la medida: es la traducción del Prócer. Quiere quitarle a la lucha su amargo sabor fratricida. Pero además, traza el plan de la ya próxima batalla. Entrega una copia a cada jefe de división, con la leyenda de corte napoleónico, como escribe Julio H. Palacio: “¡Las divisiones marcharán a paso de huracán!”. Y entre los oficiales están Pedro José Berrío, coronel, y Laureano García Rojas, teniente coronel.

A las cinco de la mañana, a trescientos metros apenas de Enciso suenan los primeros disparos. A medida que arrecia el fuego, Ruiz se detiene. Piensa que son guerrilleros que hostigan sus avanzadas. Lo saca de dudas uno de los oficiales, Soler, que grita tembloroso: No son los “Ponzanos” (los guerrilleros, así llamados), es Reyes con tres mil soldados. No puede ser, es la réplica. —Reyes no ha podido salir de Pamplona. “Y la contrarréplica: Pues está peleando en Enciso”.

No eran tres mil los soldados de reyes. Eran sólo mil trescientos, pues el resto había quedado dos poblaciones atrás, retardando su marcha. Pero era urgente, imperativo, impedir la fusión de la columna de Ruiz con las de Gutiérrez y Pinzón que ya estaban en Capitanejo”.

La batalla comenzó por los cañaduzales que ardían encendidos con el fuego de los disparos. El combate llegó a las afueras del poblado. Se extendió a las calles. Ya las tropas de Reyes eran dueñas de la plaza, pero fueron obligadas a replegarse. Fue aquel el momento de la orden que lanzó a Pedro J. Berrío a la cumbre: ¡General, haga entrar otra vez esa tropa, o rompa la espada!. Y Berrío era, como Reyes, de los que saben responder. Lo siguieron sus soldados. Reconquistaron la plaza. Empujaron hacia las calles, hacia las afueras, rechazaron el enemigo hasta el camino de Capitanejo. Llegó el resto de las tropas que había salido de Guaca y San Andrés en la madrugada, cuando comenzó la batalla. Llegaron también los Ponzanos. A las dos de la tarde, tras nueve horas de fuego, de sangre, de dolor, de llanto, de muerte, Reyes era el vencedor de Enciso. Faltaba todavía algo más trágico aún.

La mayoría de las tropas de Ruiz estaba formada por venezolanos que no llevaban en el sombrero la cinta roja, distintivo de los liberales colombianos, sino la amarilla de los de Venezuela. Pues bien, ese resto de los vencidos en Enciso inició la retirada a Capitanejo. Pero, extrañado por la tardanza de Ruiz, el General Campo Elías Gutiérrez se puso en camino de Capitanejo a Enciso. Y confundiendo las tropas que huían, con las del Gobierno, pues no les veía la divisa roja, arremetió contra ellos, de suerte que, si se permite la expresión, fue aquel un autogol mortal. Se aniquilaron entre sí. Y a la derrota siguió la magnanimidad que fue la grandeza del vencedor. Reyes tendió la mano al vencido, portándose con la misma gallardía con que trató al General Sarmiento en Chumbay. Por cierto que no muy a gusto del señor Caro. A fines del mes, en Bucaramanga, ratificó el generalato a Berrío con retroactividad al día de la batalla y entre los oficiales que menciona por su sobresaliente actuación figura, como coronel, Laureano García Rojas, entre los vencedores de Enciso.

Dejemos a Reyes, y volvamos a Pedro José Berrío. El hecho de que en otra ocasión me ocupé de éste, como uno de nuestros grandes gobernantes, me exime ahora de inútiles repeticiones. Me limitaré sin embargo a recabar en algunos hechos y anécdotas del ilustre patricio.

Al hijo de Pedro Justo Berrío lo cubre injustamente la sombra de su padre. Hasta su nombre es confundido con frecuencia. Carlos Lleras Restrepo, entre otros, con haber sido uno de los grandes conocedores de la historia nacional, habla del general Pedro Justo Berrío cuando se refiere a Pedro José. Fueron dos vidas paralelas, y a cada uno de ellos corresponde una muy honrosa parcela de nuestra historia, no sólo la local, la de Antioquia, sino la de Colombia.

Cuando se investiga la vida del general Berrío se llega inevitablemente a la conclusión de que entre Reyes y él hubo una compenetración indudable. Los dos santarrosanos, el boyacense y el antioqueño, fueron sacados de un mismo molde. Igual la energía para afrontar las dificultades y para mantener la autoridad, igual la generosidad con el vencido, igual la comprensión con los humildes. Reyes devolvió la paz al país, después de desgarramientos insensatos. Y Berrío fue su segundo sin vacilación. Cuando estuvo en desacuerdo, lo expresó cara a cara, sin que la amistad sufriera detrimento. Distanciado del dictador, no toleró que nadie, en su presencia, se permitiera hacer méritos denigrando del vencedor de Enciso.

Ya habíamos visto que en plena guerra, el general Reyes se vió obligado a restablecer la navegación en el Magdalena contra la hostilidad de la tripulación.... Terminado el conflicto, aquellos tripulantes fueron hostilizados ahora por los que se consideraban vencedores. Comisionado Berrío por el gobierno central a instancias de Reyes, nuestro biografiado revalidó las patentes a todos los navegantes liberales, y terminó así con la parálisis que estaba afectando la navegación del Magdalena.

Otra intervención suya que evitó una nueva guerra civil tres años después de la del 95, fue la que tuvo como miembro del comité constituido por el doctor José Vicente Concha y los generales Berrío y Jorge Moya Vásquez. El 3 de noviembre del 98 tomaba posesión de la presidencia el titular Manuel Antonio Sanclemente. Estaban enfrentados la Cámara y el Senado, razón por la cual no pasaron a ser leyes muchos proyectos de conveniencia pública. La agitación descendió a las calles, se temía lo peor. Pero la intervención de los dos generales y del doctor Concha, restableció la calma. El hecho es demostración del ascendiente de esos tres ilustres personajes. En aquel tiempo había en quien creer.

Su amor a la paz no tuvo eclipse, y así, cuando el ministro de guerra fue sordo al empeño de Martínez Silva para poner fin a la carnicería de los mil días, Berrío, que estaba en comisión en el Tolima, (comisión que cumplió con todo éxito en la

reconquista de Honda caída en manos de Marín), Berrío, repito, que estaba de acuerdo con Martínez Silva, presentó renuncia al ministro y regresó a su trabajo en Antioquia.

Otro hecho que demuestra su entereza de carácter lo cuenta Luis Eduardo Nieto Caballero: En uno de sus períodos de gobernador, nombró director de educación al doctor Pedro Pablo Betancourt, gran pedagogo, penalista excelente, conservador reconocido. Pero la prensa conservadora abrió fuego contra él, presentándolo como incrédulo, y asegurando que retiraría el Crucifijo de las escuelas. Intervino el nuncio monseñor Ragonesi, para quejarse de la violación del concordato. El presidente sugirió a Berrío pasar a otro cargo al doctor Betancourt. La respuesta fue la renuncia del gobernador. El verbo renunciar no había sido borrado del diccionario.

De las últimas guerras civiles surgieron los grandes jefes pacifistas: Sergio Camargo de la del 85, Reyes y Berrío de la del 95, Benjamín Herrera y Rafael Uribe de la de los mil días. Y entre Berrío y Herrera se forjó una amistad cordialísima que se mantuvo por encima de las luchas civiles. Cuando don Jorge Holguín asumió la presidencia al retirarse el señor Suárez, una de sus mayores preocupaciones fue la de conseguir la colaboración liberal. El general Benjamín Herrera era el jefe indiscutible del liberalismo, y su aquiescencia era fundamental. El caudillo estaba ausente de la capital. La cámara de representantes comisionó a Berrío, y el senado a Pedro Juan Navarro para ir al encuentro del guerrero, que venía del Cocuy. Y de brazo del general Herrera, Berrío entró a Palacio, a conferenciar con Holguín. (Pedro Juan Navarro: EL PARLAMENTO EN PIJAMA).

El doctor Francisco de Paula Pérez trae varias anécdotas de Berrío cuando era gobernador. Una de ellas es la referente a alguien dueño de una finca que se sentía perjudicado por el paso del ferrocarril de Amagá, cuyos daños exageraba a capricho: Berrío montado en su mula escuchaba la exposición del perjudicado. "Se ve muy claro que esta finca **produce** muchos y **muy** valiosos perjuicios". Pero volvamos a lo serio:

Desempeñaba la gobernación de Antioquia cuando Concha tomó posesión de la presidencia. Incluyó a Berrío en su primer gabinete, como ministro de guerra. Pero la reacción de Antioquia porque no se le quitara a un mandatario que la honraba y la engrandecía con múltiples obras de progreso material, obligó al presidente a retirar el nombramiento y a dejarlo al frente de la gobernación. Tal resonancia nacional tuvo la administración del gobernante antioqueño que en las postrimerías del gobierno de José Vicente Concha una coalición de conservadores históricos, de republicanos y de liberales adictos al general Benjamín Herrera le propuso la candidatura presidencial para el período 18 al 22. Fueron inútiles las gestiones pues el caudillo no aceptó. Y entre el retiro a su parcela, y su asistencia a la Cámara de Representantes, no cesaba de ejercer el magisterio de sus grandes virtudes, de su don de mando y de consejo, de su honradez a toda prueba.

Llamado personalmente por Marco Fidel Suárez fue uno de los autores de la fórmula adoptada por la elección de designados, prórroga de sesiones parlamentarias para la aprobación del tratado con los Estados Unidos y retiro de la presidencia.

El acceso a Puerto Berrío con la apertura del túnel de La Quebra y a Bolombolo por la vía férrea, y el impulso que dió a la carretera al mar, abrió para Antioquia tres grandes ventanas por donde se asomaba al Magdalena, al Valle del Cauca, al Atlántico. Ya bajo el gobierno de Abadía Méndez culminó el gobernador Pedro José Berrío el sueño de su padre.

Como en el año 17, también en el 29 se pensó, aunque con menos intensidad, por lo avanzado del debate y de la división, en que el nombre de Pedro José Berrío sería un tercero en discordia victorioso, con el visto bueno de Valencia y Vásquez Cobo.

Pero la hora del destino había sonado para el partido conservador, y el doctor Enrique Olaya Herrera avanzó arrolladoramente por la amplísima avenida de la división conservadora.

No haré referencia a posiciones políticas, sino en cuanto estas tuvieron que ver con la historia nacional.

Después de la derrota del año 30, en el partido conservador se abrió como tarea urgente el restablecimiento de la unión. Grandes jefes dispersos luchaban por ella: Berrío en Antioquia, Aquilino Villegas en Caldas, Primitivo Crespo en el Valle, Abel Carbonell en el Atlántico, Juan C. Martínez en Santander, etc. Cuando el doctor Laureano Gómez regresó de Alemania prácticamente se había logrado la unión, en el año 32.

La lucha política fue adquiriendo cada día caracteres dramáticos. Puede afirmarse que en aquel cuatrienio del 36 al 40 el partido conservador volvió a estar silenciosamente dividido. Para la gran masa, el caudillo que arrastraba era el incontrastable orador del senado de la República. Pero era un hecho, y en Antioquia más claro que en otras partes, que el general Berrío ejercía acción de temperancia, apoyado por grandes figuras nuestras: Esteban Jaramillo, Gonzalo Restrepo Jaramillo, Mariano Ospina Pérez, Francisco de Paula Pérez, Jesús María Marulanda.

La oposición conservadora arreció en la misma medida en que las prédicas de acción intrépida, hacer la república invivible, atentado personal, eran puestas en práctica por masa ignoras. Corría la sangre a raudales, sin previa declaración de guerra, y así llegamos a 1939. Permítaseme una digresión: Laureano García Ortiz señala la coincidencia de dos hechos en los cuales fueron protagonistas Pedro Justo Berrío en el año 69 del siglo pasado y su hijo Pedro José en el 39 del actual.

Con efecto: En el 69, don Carlos Holguín ideó lo que se llamó La Liga. Para no extenderme, diré que consistía ni más ni menos en que los conservadores, olvidando cuanto Mosquera hizo contra la iglesia, contra el partido, contra constitución y leyes para decirlo de una vez, los conservadores, digo, según esa liga, se aliarían con los mosqueristas para votar por el general Tomás Cipriano en contra del candidato liberal Eustorgio Salgar. Pero Berrío, en Antioquia, no adhirió a la La Liga, y Mosquera fue rechazado por los conservadores antioqueños. Resultado: La liga fracasó.

En 1939 se produjeron muy serias disensiones en el seno de las directivas del partido conservador, cuya jefatura incuestionable ejercieron hasta entonces el general Pedro José Berrío y el doctor Laureano Gómez. Para la convención conservadora, el 6 de febrero del 39, se habían dado pasos conducentes a unificar criterios, pues el grueso de los convencionistas era partidario de la **acción intrépida** con cuanto ella significaba como amenaza a la paz, mientras otro bloque, el de los antioqueños, propugnaba la acción civil. Como no se logró acuerdo, el general Berrío dirigió a la convención un mensaje cuyos apartes transcribo: " Dentro de la mayor cordialidad y con el más vivo anhelo de servir a nuestra comunidad política llegamos, de acuerdo con otros miembros del directorio, a una fórmula que debía someterse a vuestra ilustre consideración".

"Como parece que se ha cambiado de propósito y que de tal manera se hace imposible uniformar el pensamiento directivo sobre las cuestiones que fueron objeto de esas conferencias, me veo en el caso de presentar renuncia irrevocable del cargo de presidente de la convención y me excuso de seguir asistiendo a las sesiones, desde este mismo instante, pues no quiero contribuir a nada que ocasione nuevas divisiones".

“La doctrina conservadora, sus principios eminentemente civiles y legalistas, las tradiciones de mi vida pública en servicio a esos ideales, me impiden aprobar en su integridad la resolución de la convención conservadora de Cundinamarca, suficientemente conocida, y en conciencia no puedo solidarizarme con ella”.

Por su parte, la diputación antioqueña se dirigió a sus copartidarios excitándolos “a sostener una política de cordura que evite el desborde de la barbarie, responda a las tradiciones cristianas que son la esencia de nuestro partido y garantice para Colombia la tranquilidad pública y el imperio de la ley”.

Firman entre otros: Pedro J. Berrío, Gonzalo Restrepo Jaramillo, Esteban Jaramillo, Luis Ospina Vásquez, Mariano Ospina Pérez, Francisco de Paula Pérez, J.M. Marulanda.

¡Aquello fue más demoledor que un carro bomba. La convención se disolvió. No resistió el peso de Antioquia, la Antioquia de Berrío!.

Y desde entonces el patriarca se retiró de la vida pública. Tenía 74 años de edad.

En su octogésimo cumpleaños junto con la cruz de Boyacá que le otorgó el presidente López Pumarejo, recibió este expresivo mensaje: “Mi queridísimo general: está usted despojado en esta fecha en que cumple sus ochenta años de vida, de toda pasión política y sólo vive para la historia de Antioquia, como auténtico patriarca de una raza que ha velado por sus intereses y por el bien de la patria.... En este nuevo aniversario de su vida, rindo en nombre del gobierno un homenaje a usted como a uno de los mejores exponentes de los hijos de Colombia”.

Y el doctor Francisco de Paula Pérez, cuyas hermosas páginas de lealtad han sido fuente de abrevadero para esta mi modesta conferencia, son estas líneas: “De la labor política del general Berrío y de todos los actos de su vida pública y privada podrá la historia repetir lo que ha consagrado en sus anales: Nada se oculta entre sombras; la pluma que lo juzga no vacila; el entendimiento que lo estudia no se ofusca ni tiene que detenerse a forzar interpretaciones que disimulan o pretenden esclarecer conceptos contradictorios; no se tropieza con la sinuosidad escabrosa o maquiavélica de las curvas; triunfa siempre la severidad de la línea recta”.

A cien años de Enciso y a 45 de su muerte, quien se ocupe de estudiar la vida y la obra de Pedro José Berrío, siente el vértigo de la altura. Al sepultar al patriota por antonomasia, y en aquella hora de nuestra historia, se experimentó la sensación de que se extinguía con el gran jefe el más grande aliento de la esperanza.